

Lectura de la carta a los Filipenses

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Reflexión al Evangelio – Con los crucificados

El mundo está lleno de iglesias cristianas presididas por la imagen del Crucificado, y está lleno también de personas que sufren, crucificados por la desgracia, las injusticias y el olvido: enfermos privados de cuidado, mujeres maltratadas, ancianos ignorados, niños y niñas violados, emigrantes sin papeles ni futuro. Y gente, mucha gente hundida en el hambre y la miseria en el mundo entero.

Es difícil imaginar un símbolo más cargado de esperanza que esa cruz plantada por los cristianos en todas partes: «memoria» conmovedora de un Dios crucificado y recuerdo permanente de su identificación con todos los inocentes que sufren de manera injusta en nuestro mundo.

Esa cruz, levantada entre nuestras cruces, nos recuerda que Dios sufre con nosotros. A Dios le duele el hambre de los niños de Calcuta, sufre con los asesinados y torturados de Iraq, llora con las mujeres maltratadas día a día en su hogar. No sabemos explicarnos la raíz última de tanto mal. Y, aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. Solo sabemos que Dios sufre con nosotros. No estamos solos.

Pero los símbolos más sublimes pueden quedar pervertidos si no recuperamos una y otra vez su verdadero contenido. ¿Qué significa la imagen del Crucificado, tan presente entre nosotros, si no vemos marcados en su rostro el sufrimiento, la soledad, la tortura y desolación de tantos hijos e hijas de Dios?

¿Qué sentido tiene llevar una cruz sobre nuestro pecho si no sabemos cargar con la más pequeña cruz de tantas personas que sufren junto a nosotros? ¿Qué significan nuestros besos al Crucificado si no despiertan en nosotros el cariño, la acogida y el acercamiento a quienes viven crucificados?

El Crucificado desenmascara como nadie nuestras mentiras y cobardías. Desde el silencio de la cruz, él es el juez más firme y manso del aburguesamiento de nuestra fe, de nuestra acomodación al bienestar y nuestra indiferencia ante los que sufren. Para adorar el misterio de un «Dios crucificado» no basta celebrar la Semana Santa; es necesario además acercarnos más a los crucificados, semana tras semana.

J. A. Pagola

El narcisismo: la resistencia al amor

El trastorno narcisista parece estar de moda. En las redes sociales abundan las descripciones de este desorden psicológico, así como los consejos para esquivar la toxicidad de quienes sufren esta alteración de la personalidad. Ahora bien, seguramente han sido las propias redes las que lo han alimentado. Tantos likes, corazones o visualizaciones han indigestado a más de un ego poco preparado para la exigua fama cibernética.

Sin embargo, el narcisismo es algo más que una pandemia posmoderna atribuible a las nuevas tecnologías. Los mitos griegos ya se hacían eco de su existencia. Y los ejemplos de los cuentos infantiles, como la bruja de Blancanieves, advierten sobre su carácter pernicioso.

El narcisismo va más allá de las grotescas actitudes de determinados individuos pintorescos. Es un sentimiento que anida en el corazón humano y forma parte de su condición. Implica un repliegue sobre uno mismo que nos hace reacios al amor.

Solo nos realizamos como personas en la medida en que somos capaces de salir de nosotros mismo y entablamos una relación con los demás, basada en el amor. Ahora bien, esta fuerza natural que nos empuja a abrirnos tiene que luchar contra un impulso depredador que pretende convertirnos en el centro de cuanto nos rodea, incluidas las otras personas. El narcisista no quiere sentirse amado, aspira a ser admirado. Vive sumergido en un delirio

Y la religión no siempre actúa como antídoto frente a este mal. Por el contrario, en determinados momentos lo acrecienta. Recordemos al fariseo que se jacta de su buena observancia de la Ley (Lc 18, 9-14), o los propios discípulos que discuten para saber quién es el mayor entre ellos (Lc 22, 24; Cf Mt 20, 20-24).

En el fondo subyace la tentación de querer ser como Dios (Gn 3, 5). Un engaño que responde una imagen distorsionada del propio Dios y al rechazo a aceptar la necesidad de sentirnos amados en nuestra vulnerabilidad.

Josep Otón

La Pasión de Jesucristo

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según **San Lucas (22,14 – 23,56)** nos muestra un relato profundamente humano y divino a la vez. A diferencia de los otros evangelistas, Lucas enfatiza la misericordia de Jesús incluso en medio de su sufrimiento: su compasión por Pedro tras la negación, su mirada de amor a los que lo condenan, y su perdón desde la cruz.

Hoy, en un mundo lleno de división, violencia y egoísmo, este relato nos interpela de manera especial. Jesús, aun siendo inocente, es traicionado, negado, maltratado y crucificado, pero nunca deja de amar. Su oración por sus verdugos—“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”—nos desafía a cuestionarnos: ¿cómo respondemos al mal? ¿Dejamos que el rencor nos consuma, o seguimos el ejemplo de Cristo en el perdón y la entrega?

También resalta la importancia de la conversión. Mientras un ladrón en la cruz se burla, el otro reconoce su culpa y clama: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Y la respuesta de Jesús es inmediata: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Este pasaje nos recuerda que nunca es tarde para volver a Dios, que su misericordia está siempre disponible para el corazón arrepentido.

En esta Semana Santa, podemos preguntarnos: ¿En qué lugar me encuentro en la Pasión? ¿Soy como Pedro, que a veces niega a Jesús por miedo? ¿Como Pilato, que cede ante la presión del mundo? ¿O como el buen ladrón, que en su sufrimiento reconoce su necesidad de salvación?

La cruz de Cristo no es el final, sino el inicio de una nueva esperanza. Si abrazamos su amor y su sacrificio, también resucitaremos con Él.

Desde la Nube-Religión Digital

Avisos para la Comunidad

Jueves Santo, 19,30 h Iglesia de San Bonaventura – RS-Lennep

Viernes Santo, adoración de la Cruz 15,00 h Iglesia de San Bonaventura

RS-Lennep (traed una flor)

Vigilia Pascual, sábado 21,30 h, Igl. San Bonaventura en RS-Lennep

Domingo de Pascua: 11,15 h RS-Lennep en la Iglesia de San Bonaventura

13,30 h Wuppertal en la Iglesia de San Laurentius

16,30 h Wermelskirchen en la Iglesia de San Michel

18,45 h Langenfeld en la Iglesia de San Joseph